

San Agustín y Gog de Giovanni Papini

Roberto Ridolfi

Traducción de Elsa Moreno de Rueda

EL *SAN AGUSTÍN* APARECE a fines de 1929, a tiempo para los festejos del centenario. El encuentro de quien escribiera las confesiones de *Un hombre acabado* con el autor de las *Confesiones* no resultó, como quizá se esperaba, nada extraordinario. Se trata de un buen libro de divulgación, vivificado por el talento y ennoblecido por el arte de nuestro escritor, el cual, incluso aquí, sucede que de repente se mira a sí mismo para entender mejor el alma de su héroe, y entonces sus palabras retratan felizmente no menos al biógrafo que al biografiado, como las que se refieren al fondo sereno del campo tras haberse alcanzado la paz:

Ya se trata del tipo impertinente de la primera juventud y ni siquiera del rebelde candente de los últimos tiempos, porque ahora conoce la certeza, las dudas han terminado, se acabó el martirio de combatir en sí y consigo. ¿De qué sorprenderse si el alma se relaja después de una tensión tan larga y vuelve a alegrarse después de un gran pesar?

Pero hacía pocos años que Giovanni Papini era verdaderamente, como apuntó en uno de sus *Diarios*, “el escritor más leído y afamado”: lejos de sus viejos enemigos del frente literario, dolidos todavía por los golpes de los tiempos, había hecho nuevas amistades en el ámbito del frente católico, donde no pocos lo miraban con respeto y con celos.

Así, al aparecer el *San Agustín*, hubo quien se escandalizara por un pasaje que insinuaba deleites de “amor griego” al inicio de la adolescencia del santo, sin considerar que aquel pasaje había sido tomado tal cual de las *Confesiones*. Por otra parte el autor, en una carta al padre Rosa, protestaba por considerarse “un especie de misionero laico entre los infieles”, y porque sus libros no se habían escrito para seminaristas ni para monjas, sino para las personas a las que se llamaba cultas, alejadas de



la Iglesia, con la esperanza de hacerles sentir la belleza y la verdad de la fe católica.

Sin embargo, a partir de la segunda edición, una revisión bellísima de la *Civiltà Catolica*, se eliminaron las páginas censuradas. ¡Qué dócil se había vuelto el viejo rebelde! Pero si aquel medio clérigo mezquino no logró (aunque, según jueces de quienes no se duda fácilmente, pudo haber sido) desviarlo del camino sugerido después de tantos trabajos, la verdad es que, poco a poco, eso le allegó desprecio. Años después, en un apostillado inédito, se resarcirá con determinados “padres y frailes” a quienes “les resultan muy agradables los que se han burlado de ellos y los han traicionado, mientras que aceptan menos a los laicos ingenuos que los defienden”.

Aunque estuvo peor cuando, a principios de diciembre de 1930, pero con fecha de 1931, apareció *Gog*, una sátira del tiempo y de los hombres, una girándula de paradojas papinianas de los buenos tiempos antiguos. No es de sorprenderse que este regreso al pasado despertara habladurías, no sé si difundidas en una revista francesa o tomadas de ella, en cuanto a que “el autor regresó a su paganismo”, citando como prueba el nuevo libro, al que define como “breviario del pesimismo”. *Gog* es la historia de un hombre riquísimo, que quiere pagarse todas las formas de epicureísmo cerebral de nuestros tiempos recogiendo “un efluvio perverso de las ideologías más extremas”. Después de las aventuras más extravagantes y de las extravagancias más aventuradas, desea intentar vivir algunos días como pobre. Solo, con la ropa en el mismo desorden que el cerebro, atraviesa los Apeninos tos-



canos hasta que un día, harapiento y con hambre encuentra a una niña que le da un trozo de pan negro. Devora el pan con un deleite nuevo y descubre un sabor maravilloso.

El libro tiene una prosa magra y sencilla como ese pan: no hay ni vulgarismos ni términos rescatados del vocabulario del conocedor, ni acuñados al estilo de Papini; la composición papiniana, despedazada, aparece y desaparece y convierte los capítulos en una serie de fragmentos silogísticos; ese gusto papiniano de lo ingenioso, lo curioso, lo fantástico, recuerda los inicios del narrador. La obra resulta amarga pero no deja de ser placentera. A excepción de las últimas páginas, bellísimas, el material y la evolución del cuento agotan casi todo el brillo poético que confiere tanta inteligencia a otras prosas

de nuestro autor. Yo quedé perplejo el día que me confesó que ése era el libro que más amaba de todos los que tenía; estábamos a mediados de 1942 y *Gog* no contaba ni siquiera con el mérito, siempre tan importante para todo autor, de ser su último libro.

Al repensarlo me parece que Papini había hecho una alegoría de sí mismo y de sus aventuras intelectuales en el protagonista (dentro de todo se entiende que hay demasiadas cosas particulares en discordancia): de hecho lo singular es que las del hombre acabado de *Gog* concluyan como las del hombre acabado de Papini y, además, en el mismísimo lugar (hay que ver además de la descripción del sitio los datos tópicos de la última página); sin contar que la niña que le ofrece el simbólico pan campesino tiene los ojos del mismo color que canta el poeta en los ojos de su Jacinta:

Hechos con la hierba reflejada en el agua.

Quisiera añadir a mi conjetura que esto, a más de hacer que se entienda mejor la predilección del autor por el libro, le confiere una nueva luz, más sugerente.

Si se quiere dar cuenta de toda la obra del escritor es necesario al menos recordar que además de los volúmenes originales están los que recogen paso a paso los escritos dispersos, unidos y retocados o no —como debe ser— para formarse una opinión, *Gli operai della vigna* (1929). Libros de este género abundan en la bibliografía papiniana en proporción directa a su colaboración en revistas y diarios, independientemente de prefacios, conferencias y otros. A partir de 1930 se verán con más frecuencia, ya que empezó a colaborar de manera más regular en el *Corriere della Sera*, cosa que hacía esporádicamente desde 1926.

Pero no quisiéramos que, al intentar escribir sobre la vida de un hombre, terminara siendo esto un catálogo de obras. Alrededor de él hay algo que cambió: pequeñeces de escritura y de lectura, grandes para él. En 1929 se casó Viola, su hija predilecta, a veces paje, a veces escudero, a veces lanza rota, a veces brazo derecho, a veces *oculus coecus*. Quedó un gran vacío en la casa de la calle Giovanni Battista Vico, donde llevaba siete años viviendo, luego de haberse mudado de la anterior en la calle Colletta. La otra hija, Gioconda, más frágil y enfermiza, contrajo una larga enfermedad un año después. Los médicos le recomendaron una temporada en Capri y el amoroso padre dejó su trabajo para acompañarla; desde ahí le escribió cartas muy bellas a su hija Viola; entre las mejores se encuentra una descripción de la famosa Gruta Azul. El encanto de la isla lo fascinó de tal modo que le impidió lo

que ningún suceso y ninguna enfermedad habían logrado impedirle: “Imagínate que ni siquiera puedo leer”, escribió el 3 de abril. Y esto, debo decirlo, me parece el caso más extraordinario de toda la vida de mi amigo Papini.

A su regreso, de paso por Nápoles, visitó a Angelo Conti, afectado de parálisis en la garganta. El querido y delicado poeta había ido a visitarlo dos años antes y había anotado en sus *Taccuini*: “Cada visita me gusta más”. Nuestro Papini partió el 14 de abril dejándolo “mudo y sano”, poco después recibió la noticia de su muerte y defendió en un ensayo su obra poética ante su mejor amigo Gabriele D’Annunzio, que lo había definido en el *Fuoco* como un “ferviente y estéril asceta de la belleza”.

Después, finalmente, se instala en Bulciano para trabajar. Tenía poco de haber llegado cuando anotó en una de sus libretas: “Viola dio a luz esta mañana a una niña, que se llamará Anna”; no se imaginó, al escribir estas palabras, que sería precisamente esa niña la que lo haría sobrevivir milagrosamente casi dos años en su labor de escritor mientras se prolongaba su “feliz agonía”.

Pero para entonces, ya convertido en abuelo, cuando le escribía a su hija firmaba como “tu joven papá”. En realidad en esos años vivió una segunda juventud. Rejuvenecía entre los jóvenes del *Frontespizio*, revista mensual recién fundada (1929) —no sin su participación— y a la cual hizo colaboraciones formales, igual que al *Leonardo* de los buenos tiempos, no sólo con escritos sino también con dinero. Se había creado como “Supplemento al Catalogo della Libreria Editrice Fiorentina”, pero pronto se separó de esa publicación (que dirigían Piero Bargellini y un pequeño grupo de escritores católicos, entre los que se contaban Nicola Lisi y Luigi Fallacara). Sus santos protectores eran Papini y Giuliotti; pero el primero fue quien le confirió fama y autoridad a través de sus colaboraciones.

Trabajaba sólo en cosas fragmentarias. En una carta a su hija Viola del 29 de mayo, “Ascensión sin andamios”, anuncia en una parte: “Retomé mi trabajo, trabajo largo y difícil, trabajo inmenso [...] me encuentro en el ardor de la obra”; el 3 de enero agrega: “Obra gigantesca, que es imposible que aparezca en 1931”. No podía tratarse sino del *Adán*, como había rebautizado unos años antes aquel último borrador del *Informe sobre los hombres*, la obra magna que lo asusta y lo tienta, que lo hace feliz e infeliz: de hecho rescribe cinco capítulos. Hasta que se sobreponen las ideas nuevas, ideas de “relaciones” nuevas y especiales que distraen su ingenio y le quitan el tiempo; luego, en el verano escribe de un golpe el *Gog*. Están las huellas de sus primeras aventuras librescas

1.
Sulla nuova terra,
sotto il nuovo cielo,
il giudizio è cominciato.
Il nuovo cielo
è deserto: non ~~ha~~
sole né luna né stelle.
La luce non scende
più dall'alto ma
sale ~~in~~ dalla terra
a illuminare d'un

pero, en contra de esas vueltas atrás, encontramos en su diario en 1930 una anotación inesperada: “Liberarse de toda manía erudita es renunciar a terminar la biografía de Miguel Ángel”. ¡Esto sí que es novedad! De hecho la empezó el verano anterior (1929) y había escrito seis pequeños capítulos, de los cuales sólo sobrevivieron los títulos.¹³

“Liberarse de toda manía erudita”: ojalá lo hubiera hecho. Por entonces lo intentaba: y el 18 de marzo de 1931 anota en una libreta de apuntes: “Tentación gigantesca de escribir una vida de Dante [...] la vencí al paso de unas horas”. Y en el verano de ese año, en Bulciano, pudo escribir: “Vuelvo a empezar por décima vez el *Informe sobre los hombres*, con el firme propósito de que éste sea el último borrador, el definitivo”; y el 30 de agosto anotaba feliz haber escrito “cinco capítulos definitivos”.

Este libro –y más adelante el *Juicio universal*– fue realmente para Papini lo mismo que la “tragedia de la tumba” para Miguel Ángel. Tenía un gran deseo de trabajar, de terminar el libro, pero se trataba de una obra muy grande, no sabía anteponerla a todos los artículos que estaba obligado a entregar, a todos aquellos que lo obligaban diario a improvisar: en Bulciano, solo, un día escribe “sesenta páginas sobre Beethoven”. Sufría también la vieja plaga de las cartas: escribía hasta veinticinco o treinta diarias y no sólo a sus amigos o a escritores, sino que contestaba, con toda cortesía de su puño y letra, a cualquier don nadie que se dirigiera a él por cualquier motivo. Ese verano escribió, como él mismo anotara, doscientas noventa y cuatro; vaya que se encontraba de nuevo “en el ardor” del *Rapporto*. Esas infidelidades: las continuas distracciones de antes, más la partida de Bulciano y el regreso a Florencia marcaron definitivamente el destino de la obra en ese momento y para siempre, a pesar de la gran nostalgia y de algunos regresos fugaces.

Reinició de hecho el caudal de visitas y de artículos; entre ellos no puede hacerse menos que citar *Il Croce e la Croce*, que se publicó en *Nuova antologia*, en marzo de 1932: retomó ahí la vieja polémica entre dos ingenios y dos almas muy disímbolas, divididas ahora por la fe, como habían estado antes por la filosofía, por la literatura, por la política, por todo. La discordia se había vuelto año con año más cruda; a los despliegues soberbios de uno respondían los injuriosos desprecios del otro: parecía una disputa entre sordos, y no sólo porque nuestro Papini fuera incapaz de entender a un filósofo y Croce a un poeta. Había aquí también una cierta sordera humana; basta recordar algún incidente de su amistad con Serra. Al reconsiderar hoy con calma la larga contienda con nuestro escritor (sobre la cual sobreviven las

páginas ejemplares de Prezzolini, hombre justo y entonces tan amigo de uno como del otro), a veces el biógrafo descubre que su cerebro de estudioso está del lado de Croce; pero el corazón de hombre siempre queda del lado de Papini. Y debo dar este testimonio: de haberse escuchado una vez, cuando los incidentes políticos se tornaban en contra del viejo enemigo, se hubiera expresado un deseo mutuo de amor, un triste lamento cristiano y humano. No creo que surgieran los mismos sentimientos del otro lado, cuando se invirtieron los papeles.

Y poniéndole fin a esto que puede parecer una divagación, volvemos a las divagaciones papinianas. La edición completa de las *Obras* no resultó muy propicia para los nuevos trabajos. Se empezó a preparar desde enero de 1930 y la emprendió en 1932 el editor Vallecchi, desarrollándola en los años sucesivos, con algunos obstáculos, hasta el volumen XVIII; la labor de reordenar y revisar le tomaba mucho tiempo al autor y, en realidad, entre el que le robaban y el que dilapidaba, carecía de tiempo. Debía además ocuparse de la menguada salud de su hija Gioconda. Para consultar no sé a qué eminencia viajó a Roma esa primavera y aprovechó para conseguir una audiencia con el papa, de la que salió “consoladísimo y feliz”.

En 1932 corrió de nuevo y con más insistencia la voz de su nominación de académico de Italia, que ya se había escuchado desde que en 1929 se fundara la institución con la tarea expresa de promover las letras, las ciencias, las artes italianas, pero también con el fin, más silencioso aunque no ilegítimo, de darle participación a científicos, literatos y artistas en ciertos ámbitos y honores que gozaban hasta entonces sólo los políticos, quizá con menos méritos. Con estas buenas intenciones, tendientes a restaurar y ampliar la cultura italiana, se llegó, *more solito*, a pavimentar el camino del infierno: la diligente institución logró sólo su meta silenciosa y no su tarea expresa. Pero algo se hizo.

Se entiende que la selección de los académicos no se hizo sin tomar en cuenta sus opiniones políticas; y hay que decir que las de nuestro Papini debían resultarle muy poco ortodoxas a los que ostentaban el poder, por lo que excluyeron de la Academia Italiana al escritor italiano que, además de haber pugnado por su creación durante años, era junto con D’Annunzio y Pirandello el más famoso de los autores vivos, traducido a todas las lenguas del mundo. No porque se tratara de un “antifascista” militante, puesto que él no había jamás militado en la política durante la época de las famosas reuniones republicanas, pero en esos años no mantuvo en secreto su escasa propensión al fascismo. Y si al propio dictador (a quien se refirió como tal en un famoso artículo en defensa de

la Crusca) se le hubiera olvidado, ahí estaba Marinetti para recordárselo: tenaz en sus rencores, no le había perdonado jamás la apostasía del futurismo. Cuando votaban las ternas no faltaba el golpe de Marinetti, con algún otro, en el talón vulnerable de la política, a pesar de las defensas de su viejo amigo Arturo Farinelli.

Su antigua colaboración con el *Popolo d'Italia* quedó estrechamente limitada a la campaña del concurso, que había unido la suerte del agitador político romano y la del escritor florentino. Por otro lado no resulta extraño que sus adversarios, después de haber tomado todas las calles, tocado todas las puertas, emprendido todos los engaños, hasta el del futurismo, cayeran también en la tentación del fascismo. Porque ni en el tiempo ya pasado de las aventuras hubo alguna que lo tentara de no ser el pensamiento; y el fascismo tenía muy poco que ver con el pensamiento.

La dictadura marxista vio con placer su destierro del territorio italiano, pero la de Mussolini no lo tenía en mucho mejor estima; no les gustaba verlo manejarse en libertad después del marxismo. Se desfogaba con ciertos amigos, en especial con Ghiglia. Es verdad que muy pronto, ya en los años en que surgieron estas páginas, su rigor se había atemperado. A ese cambio contribuía el consenso casi general del pueblo, no tanto sobre el fascismo sino sobre su representante; las instituciones y disposiciones realmente loables; el impulso conferido a las obras públicas; el logro de un orden interno y de un prestigio externo que nunca antes se había gozado; últimamente se había logrado la Conciliación del 11 de febrero de 1929 que, reparando los antiguos conflictos entre la Iglesia y el Estado, conmovió con fuerza el corazón italiano y cristiano de nuestro escritor y lo indujo a considerar desde otra perspectiva a quien lo persiguiera con tenacidad.

Pero entre tanto lo hacían aparecer como enemigo del régimen, cuando era sólo un espíritu libre y celoso de su libertad. En sus *Diarios*, que escribía únicamente para sí mismo, acababa de anotar en 1931: "Jamás he llevado un distintivo en el ojal; no pertenezco a ningún partido, jamás me he puesto una librea, ni siquiera la de mi patria". •

ROBERTO RIDOLFI (Florencia, 1899-1991) estudió química en la Universidad de Pisa pero después se dedicó a la investigación histórica, archivística y bibliográfica. Colaboró en las revistas *La bibliofilia* y *Archivio Storico Italiano*, para luego fundar y dirigir la *Rivista Storica degli Archivi Toscani*. Elaboró las biografías de Savonarola, Maquiavelo y Guicciardini. Como bibliófilo escribió los libros *Le filigrane dei paleotipi* y *La stampa in Firenze nel secolo XV*.

